

brigadier Leon, digno sobrino del héroe de Belascoain, y la del propio general, que arrastrado por el anhelo de vengar á la ilustre víctima comprometió el lance imprudentemente.—La espedicion amagó á Barbastro; pero encontrando á Oráa en Torre de Gracia, despues de un combate reñido, en que el intrépido Leon sostuvo admirablemente nuestras posiciones, se dirigió á pasar el Cinca por las barcas de Estada y Estadilla; burlando las combinaciones de Oráa y Meer, y sufriendo la derrota de Guisona, que no pudo reparar con el ataque de San Pedor, defendido con desesperada firmeza, hasta evacuar el Principado por las Garrigas y pasar el Ebro por Cherta, donde si bien acechaba á los espedicionarios Borso di Carminati para caer sobre ellos de sorpresa, aguardaba á D. Carlos el terrible gefe tortosino, siguiendo á la reunion de las fuerzas carlistas la retirada angustiosa del general isabelino, destituido de la cooperacion oportuna de Nogueras.—Incorporadas á la espedicion del Pretendiente cuantas partidas guerreaban en el territorio, y aumentado el prestigio de su atrevimiento con el renombre aterrador de Cabrera, el sañudo vencedor de Buñol y Plá del Pou, el ánimo diabólico que asoció al festin de Burjasot por el cumpleaños de D. Carlos el fusilamiento por tandas de los

miseros prisioneros, las fuerzas rebeldes atravesaron la provincia de Castellon, amenazando la capital é internándose en el suelo valenciano hasta Buñol, donde experimentaron un duro revés; retirándose á Cantavieja, segunda vez reducida á su dominio por efecto de un engaño.—Animado por Cabrera el pusilánime príncipe, causa de tantos sacrificios y objeto de tantas proezas, salió de su asilo para continuar la marcha hácia el paso por entre Cariñena y Daroca, donde Burens le salió al encuentro en Herrera, y las armas carlistas obtuvieron un completo triunfo, no sin pérdidas, como las de Quilez y Manolin.—La espedicion aprovechó acertadamente las consecuencias de tan importante jornada, y emprendió el camino á Madrid en la persuasion orgullosa de que se tocaba cercano el cumplimiento de aquellas palabras de Zumalacárregui:—*«llevaré mis voluntarios á Madrid, y venceremos.»*—Espartero en vista de los reveses de Huesca y Barbastro pidió que se le encargara de perseguir la espedicion, y conseguido el permiso llegó á marchas dobles á la córte, cuando sus habitantes se disponian á una defensa briosa y encarnizada. La sola presencia del vencedor de Luchana bastó para que los espedicionarios torciesen el rumbo en direccion á Mondéjar, y en virtud de combinaciones



y marchas forzadas llegó al puente de Aranzueque á punto de separar las fuerzas de D. Carlos de la division de Cabrera; separacion poco sensible para el capitan de Torlosa, decidido á retirarse por la inercia del gefe de estado mayor ante Madrid, por las dispersiones que seguian á cada jornada, y mas que todo por la vergonzosa sumision del principe á una camarilla intrigante y odiosa.—El Pretendiente consternado por esta brusca separacion marchó á reunirse inmediatamente á la hueste de Zariategui que entrándose por las provincias Vascongadas habia penetrado en Castilla, tomando á Segovia, que se defendió hasta el último extremo, capitulando honrosamente en vista del abandono de Mendez-Vigo.—Zariategui continuó su marcha hasta Madrid, llegando sus guerrillas hasta las Rozas, y torciendo camino de repente se posesionó de Valladolid, de cuyo punto emprendió la retirada hasta Aranda de Duero, donde la expedicion se dividió en dos columnas, que batidas en Retuerta, y acuchilladas por Leon y su indomable caballería, tras de el golpe que les dió Espartero, regresaron á las provincias Vascongadas; las que mandaban el infante D. Sebastian y Zariategui por Baroja y la acaudillada por D. Carlos por el valle de Mena.

La ausencia del general en gefe produjo un mal de suma trascendencia en el cuerpo de ejército que se batia en Navarra y Vizcaya: la insubordinacion siguió de cerca á la falta de pagas, y regularidad en los suministros, al desprestigio de unos gefes por su apático retraimiento, y al desprecio que inspiraron las desacertadas maniobras de otros; juntándose á estas causas la debilidad de haber tolerado osadías, como la de representar á la Reina contra el ministerio los setenta oficiales de la brigada de Van-halen.

En Peñafiel unos cuantos soldados al mando de un sargento intentaron saquear la poblacion pasándose á los enemigos: en Bilbao se entregaron á la indisciplina algunas compañías; en Hernani la soldadesca amenazó la vida del Conde de Mirasol, matando dos oficiales. Unos soldados del provincial de Segovia asesinaron al general Escalera en el momento de mandar prender á nueve individuos del mismo cuerpo para castigar sus fechorías. En Vitoria el gobernador, el presidente de la Diputacion Provincial, y el Gefe de Estado mayor de la plaza, perecieron á mano de la tropa insurrecta. En Logroño pudo contener la milicia nacional los desafueros de parte de la guarnicion en temible efervescencia, y en Pamplona los cuerpos francos titulados *Chapel-gorris* asesinaron al general



Sarsfield y al coronel Mendivil; poniendo á la poblacion en la mas cruel alarma.

Espartero comprendió todas las acerbas resultas de tan funesta desmoralizacion, y en consecuencia arriesgó un paso imponente y tremendo para devolver al egército la única base de su fuerza: la obediencia severa militar.—Formadas en cuadro sus tropas en Miranda de Ebro, las dirigió una proclama enérgica y sentida, concluyendo por mandar al gefe de Estado mayor la operacion espantosa de diezmar el provincial segoviano; ejecutando á diez individuos, enviando á presidio á treinta y seis, y refundiendo el resto en diferentes batallones.

En Pamplona hizo fusilar al coronel Iriarte, iniciado en la conspiracion de proclamar la independenciam Navarra, á Barricat, comandante del segundo batallon de francos, y á cuatro sargentos que resultaron sus cómplices.—En vano se ataca al caudillo de Luchana por estos rigores: todos los que reflexionen en el gérmen de corrupcion que se habia desarrollado en nuestras tropas, concebirán que no era posible emprender averiguaciones de que resultaran los verdaderos culpables, y que las formas terriblemente expeditivas de aquellas ejecuciones fueron suficientes á cortar de raiz el daño; restaurando el órden, y previniendo nuevas y ruinosas perturbaciones.

En tanto Cabrera amenazando á Lucena y Gadesa recorria las márgenes del Júcar y del Guadalaviar, preparando el ataque de Morella; la plaza mas importante del Maestrazgo. En Cataluña Fabot y Tristani alternaban en pequeñas combinaciones y grandes descabros. Los cabecillas de la Mancha cometian atrocidades sin cuento; rodeando de horror los funestos nombres de Orejita, Jara, Peco y Palillos.

No escarmentaron los áulicos de D. Carlos con la esperiencia de sus expediciones; ni llegaron á convencerse de que el pensamiento liberal se habia apoderado de los ánimos en el resto de la peninsula, contrarestando los esfuerzos del *apostolicismo* cada vez mas en baja allí donde las prácticas constitucionales demostraban sus efectos.—D. Basilio pasó el Ebro mas abajo de Logroño; atravesó con rapidéz la distancia que le separa del Moncayo, é inclinándose al Aragon invadió diestramente la provincia de Cuenca. Allí incorporado con Tallada, gefe superior de las partidas carlistas en el reino de Valencia, y reforzado por la caballeria de Palillos, tomó la ruta de Andalucia. Con menos génio que Gomez y Zariatogui los gefes de esta nueva expedicion esperimentaron descabros continuos en Baeza, Encinarejo, Torre de Pedro Gil, y demas puntos que tuvieron



que repasar hasta Murcia, donde se dividieron para regresar á sus respectivos territorios. Los pueblos se decidieron á escarmentar á un enemigo que tanto terror causara con las tropelías de su invasion, y Oráa cerrándole el paso á la provincia aragonesa le precisó á dirigirse hácia Castril y orilla del Guadalupe, donde Pardiñas le acometió tan de improviso que ni le permitió la defensa; causándole un terrible destrozo.—Tallada que pudo escapar con una pequeña partida de tan sangriento lance fué sorprendido en una masía por los nacionales de Barras, y espío con su muerte el inhumano sacrificio de siete oficiales ejecutados en Iniesta, faltándoles á la promesa de vida bajo cuya fé se rindieran prisioneros.—Don Basilio refugiado á la Mancha amagó á Ciudad-Real y Almadén; pero Flintner cayó sobre su expedicion en Valdepeñas escarmentando sus pretensiones; Pardiñas le obligó á internarse en las fragosidades, dividiendo sus fuerzas en columnas, y precisándole á penetrar en Estremadura le alcanzó en Béjar donde puso término á su significacion con un tremendo desbarate; viéndose el engreido expedicionario en la dura necesidad de incorporarse á Palillos, y pasar al Aragon con el auxilio del partidario Peco.

No fué mas feliz el conde Negri en la

expedicion que pasó el Ebro con propósito de distraer las tropas constitucionales de la activa persecucion contra Don Basilio.—Vendejo, Ezcaray, Segovia, Valladolid, Mayorga y Piedrahita fueron teatros de desolacion en que los áulicos que obsediaban al pretendiente hubieran debido desengañarse de que el sistema expedicionario no podia producir resultados para su causa, limitada á preponderar en el territorio vascongado.—El cabecilla Castor intentó la excursion por Asturias; mas no consiguió pasar de Soncillo, en cuyo parage fué desastrosamente batido por Castañeda.—Espartero sostenia su reputacion militar con el esforzado socorro de Balmaseda, la accion de Orrantia, que concluyó por una retirada harto bien llevada á cabo ante las combinaciones de un enemigo numeroso, y la toma de Peñacerrada; empresa de inmensas dificultades, superadas con un ardimiento y constancia superiores á todo elogio.—El bizarro Leon señaló su incomparable mando en la caballería en Biurrun, cargando á los batallones enemigos con un denuedo extraordinario, y elevando el espíritu de la fuerza montada aun mas allá del entusiasmo de Belascoain, á la acometida contra doble fuerza de Maroto el 3 de diciembre.

Un escribano de Berástegui, de apellido Muñagorri, levantó una partida invocando la



paz y la conservacion de los fueros en las provincias Vascongadas. Se dijo por entonces que aquel partidario se hallaba influido por el gobierno constitucional para atraer á los habitantes de aquellas provincias que mas que adictos á la persona del Pretendiente lo eran á la conservacion de sus inmunidades. Otros opinan que Muñagorri trató de atraer á su nuevo partido los infinitos descontentos de la servilidad á los intrigantes consejeros de Don Carlos, que no llegaban hasta reconocer á Isabel II. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que destituida de prestigio la nueva bandera, y perseguida por el carlismo, como despreciada por los liberales, desapareció del campo político con el aventurero que osó tremolarla ante las dos huestes que se disputaban el porvenir de la península.

Cabrera en tanto llegaba al apojeio de su nombradía militar y al último punto de su renombre sanguinario; apoderándose de Morella y Benicarló; precisando al abandono de Gandesa por sus pobladores; acometiendo á Lucena briosamente, pero sin éxito definitivo; tomando á Calanda y copando la division de Pardiñas en Alcañiz; pereciendo en aquella luctuosa jornada nuestro intrépido general, defendiéndose cuerpo á cuerpo hasta el último trance de su vida, y horrorizando el caudillo carlista al pais con el fusilamiento de noventa

y seis sargentos de la malhadada division; frutos tristisimos del inútil asedio de Morella por el general Oráa; tentativa de funestas consecuencias en las sucesivas operaciones del egército isabelino.—La inmortal Zaragoza, sorprendida por Cabañero al alborar la mañana del cinco de Marzo, improvisó una defensa tan heroica y obstinada que las fuerzas rebeldes desalojaron la ciudad con pérdidas considerables; sublevándose el vecindario contra el segundo cabo, general Esteller, que gravemente indiciado de connivencias con el enemigo fué arrebatado de su cárcel, fusilándosele en la plaza y bajo la lápida de la Constitucion, á quien habia desmentido su juramento. La venganza popular se contuvo en este acto imponente; porque tenía el carácter de la justicia y no el del desafuero.

Castilla y la Mancha, parte de Estremadura y Aragon, veían acrecentarse las fuerzas rebeldes; augurando llevar la desoladora guerra á todas las provincias, si no se emprendia un plan de operaciones que redujese el círculo en que la usurpacion desarrollaba sus recursos.—La córte, ya prevenida contra la popularidad de Espartero, tomó pretexto de esta patente necesidad para aumentar el ejército de reserva hasta cuarenta mil hombres con objeto de acudir á las provincias que hubieran menester socorro; si bien el móvil de



su pensamiento era oponer á la preponderancia del ejército del norte la fuerza de otra hueste bien organizada, y táctica en las persecuciones de las partidas facciosas; precaviéndose de la influencia creciente del Conde de Luchana con la elevacion paralela de su rival, el general Narvaez; persona dócil á las sugerencias del bando retrógrado, y en la que confiaba Cristina para contrarestar la indudable inclinacion del general en jefe á las teorías avanzadas del constitucionalismo.— Narvaez desplegó una provechosa energía al principiar sus operaciones en el territorio manchego; mas dejándose arrastrar por la aprobacion de sus primeros rigores, y exajerando su sistema decisivo, cometió inhumanidades que le captaron la antipatía de las provincias fieles; repugnando la familia liberal tener su Cabrera, que al mismo tiempo comenzaba á manifestar sus intenciones en correspondencia á las miras del bando, capitaneado por María Cristina.—Espantero atacó el pensamiento de la reserva y la personalidad de Narvaez en una esposicion á la Gobernadora, fechada en 31 de Octubre, y cediendo al imperio de las circunstancias se renunció á consumir el proyecto, y el orgulloso Narvaez hubo de presentar la dimision del cargo en que se prometia eclipsar al caudillo de Bilbao.

Abandonemos el relato detallado de los encuentros que constituyen la historia militar de la revolucion, y pasemos á dar cuenta del convenio famoso que puso fin á la revuelta campaña; presentando sucinta pero elaramente los datos que determinan el juicio sobre este hecho culminante en la lucha de los dos grandes partidos de nuestra trabajada patria.

Zumalacárregui habia podido ocultar á la generosa juventud vascongada, que acudia á las banderas del Pretendiente, la nulidad del hermano de Fernando Sétimo; porque la gloria de su génio parecia inspiracion de aquel Principe, rodeado de militares ciegamente adictos; pero incapaces de las cábalas palaciegas, y atentos solo á sostener la causa de su Rey, burlando peligros, y contrarestando persecuciones.—Los primeros triunfos atrajeron al real de Don Carlos personajes avaros de dominacion, y aventureros codiciosos de medrar á medida que fuese progresando la insurreccion de las provincias.

El ministerio Cruz insinuó mezquinas hostilidades contra el caudillo guipuzcoano desde que se ganó la fácil confianza del Pretendiente; principiando por engreir al iluso Principe con que los triunfos del valor y las maravillas de la táctica eran debidos á la santidad de la causa, y á singulares favores de la Providencia; pues Don Carlos era uno de



esos devotos, pródigos en fórmulas esternas, y destituidos de elevacion en el alma, á quienes se persuade de todo lo que alhaga su vanidad religiosa, y sus aspiraciones á considerarse especialmente protegidos por el Cielo.—Así acontecia que las proezas del insigne capitán de Ormaistegui, y las victorias de sus intrépidos batallones se acojian en el real con insultante indiferencia, y un ministro que nada traía de provecho á la incesante lucha afectaba ser árbitro de los destinos del denodado general, que creando un ejército, organizándole con una portentosa celeridad, y sosteniéndole á mayor altura que el de Isabel, tocaba tan acerbos resultados de su admirable obra.—Zumalacárregui se vió reducido en varias ocasiones á presentar su dimision antes que servir de instrumento á los descabellados planes de la córte; resentido de que el imbécil ministro contrariase sus proyectos con su maléfico influjo; desesperado por los obstáculos en que pugnaban por detener sus pensamientos los áulicos, y alarmado por lo que trabajaban para hacerle sospechoso en el espíritu metódico y crédulo del usurpador.—Alguna vez Zumalacárregui se encaminó al real resuelto á estremidades atrevidas en escarmiento de aquellas cábalas odiosas; pero una muestra de aprecio del Príncipe, una invocacion á su lealtad, dejaban desarmado el

enojo del caballeresco gefe, que deplorando el extravío de ánimo del Pretendiente no podía vencer su lealtad, sacrificando á ella sus intereses y hasta los de su partido.—Continuamente se incorporaban al ejército gefes y oficiales de crédito en las filas realistas, y que colocados por Fernando Sétimo en el periodo de su absoluta dominacion, venian á buscar el principio conforme con sus ideas; pero tambien acudian á la córte intrigantes y pretendientes, ávidos de luegar con los efectos del esfuerzo bélico, y decididos á explotar en su provecho el adelanto de los intereses de Don Carlos: los primeros traian la organizacion de las tropas y la ayuda de sus bríos: los segundos la bastardia de sus manejos, y los vicios peculiares á la audacia aventurera.—Así es que estalló el encono entre la seccion militar y el bando cortesano, que no ayudando mas que con sus deseos á las operaciones de la campaña recibió el mote de *ojalatero*, con referencia al *ojalá* de sus ambiciones de victoria.—El anhelo por establecer una córte en lugar conveniente hizo pensar en Bilbao á los que influian en Don Carlos, y ya saben nuestros lectores la resistencia respetuosa de Zumalacárregui á plan tan inoportuno, y su forzada sumision á emprender el sitio con el desastre de su pérdida.—Entonces dominó á los áulicos el afán de



las expediciones; prometiéndose que serian un paseo triunfal por la Península, decidida por el Pretendiente, y que no aguardaba mas que su presencia para levantarse en masa contra los liberales; abatiendo el trono de Isabel, símbolo de la creencia emancipadora.—El Príncipe creía ciegamente cuanto le pintaban sus aduladores; considerando al pais consternado á la noticia de las hazañas de sus huestes; al gobierno de Madrid perpétuamente apercebido á la fuga á la presentacion en Castilla de la primera columna expedicionaria; á la Gobernadora, empaquetadas sus alhajas y dispuesta á refugiarse en Francia con sus hijas al ver invadido el territorio castellano; á las potencias extranjeras á la expectativa del golpe de gracia descargado sobre la revolucion para reconocer solemnemente el derecho del segundogénito de Carlos Cuarto.—El Condé de Casa-Eguía hubo de transijir con este afan de la corte, y el pensamiento expedicionario se inauguró con la salida de Batanero con doscientos infantes y poco mas de cincuenta caballos, provisto de la orden para *poner sitio á la rebelde villa de Madrid.*

El Obispo de Leon, y Erró predominaron á su aparicion en el real, el uno por a fanática exaltacion de sus ideas *apostólicas*, y el otro por su cualidad de Vascongado; el renombre de que gozaba entre la

multitud miope, y el alarde de su influencia y recursos, tristemente desmentido cuanto llegó el instante de la prueba.—El cura Echevarria, el secretario de la guerra Sanz, Don Basilio, Gomez y Moreno, el verdugo de Torrijos, conspiraban contra Eguía, acusándole de inepto y débil; porque no ejercia venganzas sanguinarias, y un partido intolerante, rabioso y dispuesto á todos los furros de la saña contra cuantos discrepasesen de su pensamiento, se adjudicó una perniciosa accion sobre D. Carlos; decidiéndole á ingraticudes infames contra sus mejores servidores; á inicuos tratamientos á los hombres de lealtad mas acrisolada, y á los extravagantes accesos de desconfianza con que manchó los antecedentes de los que mayores sacrificios hicieron por el sosten de sus pretensiones.—A Eguía sucedió Villareal, mas simpático á la camarilla, que se intitulaba facciosa por escelençia; y los sucesos de 1836 parecieron coincidir con los propósitos del carlismo hasta un estremo tal que algunos gabinetes de Europa pidieron benévolamente esplicaciones al príncipe acerca de sus ideas gubernamentales, y los hombres ilustrados de la causa realista, como el Arzobispo de Cuba, el Padre Gil, el general Cabañas, Valdespina y otros, aconsejaron al hermano de Fernando Sétimo formular un



programa en que prometiéndolo considerar á todos los españoles como hijos de un solo padre trazara algunas mejoras políticas, siquiera bajo las bases del *depotismo ilustrado* de Cea Bermudez.—El bando apostólico preponderó con su sistema brutal de rigores, é imposición absoluta de la voluntad régia á los pueblos; exigiéndoles obedecer sin garantías y con la servilidad de ilotas. Mientras que se contestaba con despego á las potencias del Norte que D. Carlos no tenía que dar cuenta de sus pensamientos de mando á extraños ni propios, se mandaba al país dominado hacer públicas rogativas en desagravio del Santísimo Sacramento, pidiendo el exterminio de los infieles, y dando gracias por los estrayíos de los liberales á la Virgen de los Dolores, declarada Generalísima del ejército, y con guardia especial de corps, creada para servicio de su estandarte.—Después de la derrota de Luchana el infante don Sebastian se hizo cargo de mandar en jefe, y Erro cayó porque ningún recurso, ninguna influencia de los prometidos acreditó su ministerio universal; entrando en el poder Cabañas, Labandero, el Obispo de Leon, y Sierra, en cuyo período fué indispensable acceder á la sugestión incesante de los que instaban por el ensayo de las expediciones, dando este método los resultados que cons-

tan de nuestra reseña; pero el bando fanático achacando á faltas graves de los caudillos la esterilidad de consecuencias de las invasiones, atribuyendo á traición las derrotas, y tachando de inexcusable debilidad todo lo que no era esterminio de prisioneros y horrores con los pueblos resistentes, hizo desairar á Guergué, formar causa á D. Basilio, reducir á prisión á Gomez, Fulgosio y otros por el cargo de *tolerantes*, y emplear la violencia contra Eguia, descubiertamente increpado de *masonismo*.—La expedición real suministró el postrero acerbo desengaño de las ilusiones en que tenían imbuido al pretendiente, y logrando persuadirle de que la traición le había dejado espuesto en la sierra punto al Ebro, se le inspiró un recelo terrible contra el infante y los gefes mas ilustres de su causa, echándose decididamente en brazos de *los brutos*, como decia el inculto Guergué.—Cayó el ministerio Cabañas y entró á presidir los destinos de la Corte el sagaz Arias Teijeiro, verdadero ángel malo del inepto príncipe; pues concluyó por enagenarle todas las simpatías; haciéndole tan aborrecible al campo carlista como al isabelino, y preparando con sus tropelías, inicuas complacencias con los sanguinarios prosélitos del apostolicismo, y complicidad cuando no iniciativa en los ruines manejos de la facción dominante, la desafec-